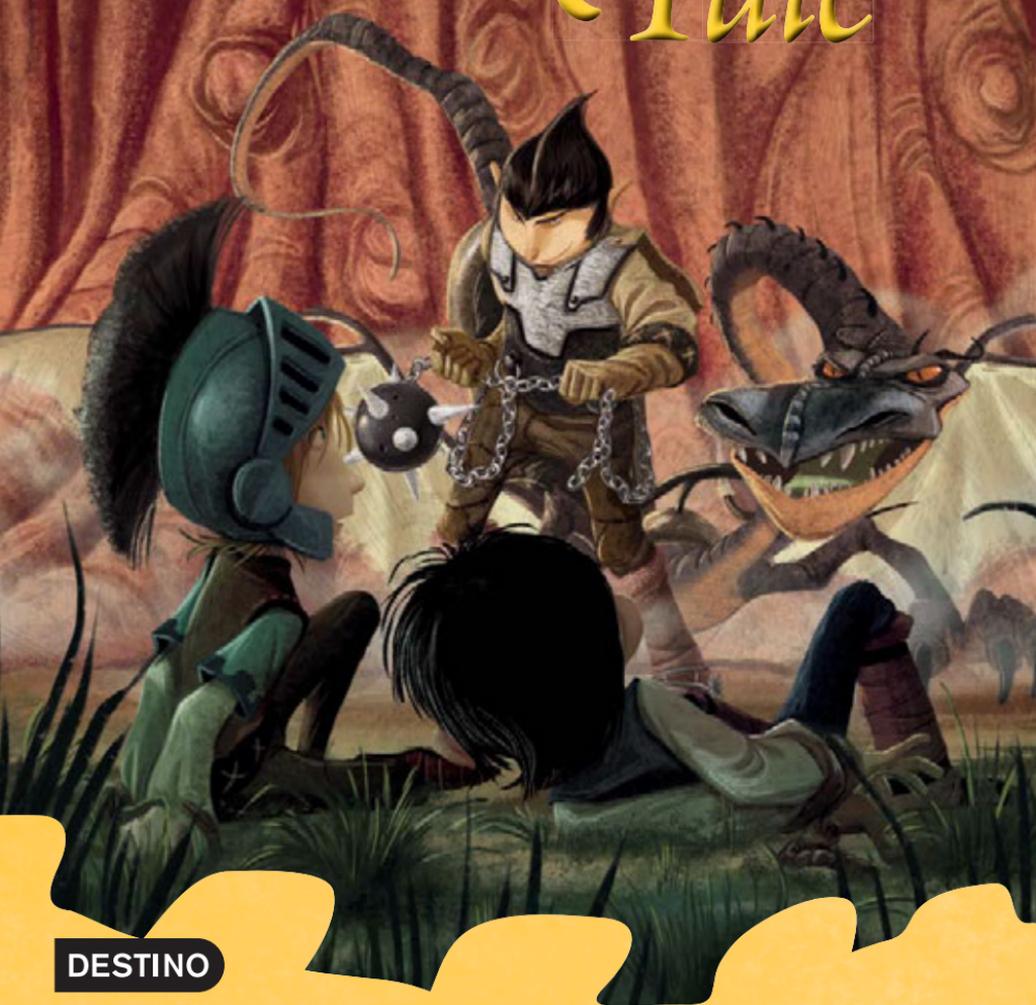


# MONDRAGÓ

## El árbol del Tule

Ana Galán

Ilustrado por Pablo Pino



DESTINO



*El árbol del  
Tule*

Ana Galán

Ilustraciones de Pablo Pino

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2020

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Ana Galán, 2020

© de las ilustraciones de cubierta e interior: Pablo Pino, 2020

© Editorial Planeta S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición en este sello: julio de 2020

ISBN: 978-84-08-23116-5

Depósito legal: B. 10.654-2020

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# CAPÍTULO 1

## Los secretos de los libros parlantes



*En Samaradó,* el sonido de las cornetas anunciando la llamada de emergencia se propagaba por el aire. Decenas de dragones de rescate volaban por el cielo cargando contenedores de agua para apagar el incendio de las cuevas invernadero.

Cale y sus amigos habían conseguido salir sanos y salvos de las llamas y escapar del dia-

bólico verdugo y su peligroso dragón. Se dirigían al castillo de la familia Carmona para esconder los libros parlantes que habían encontrado en las cuevas. Cale había visto a sus padres y a su hermana volando en sus dragones en dirección al incendio y sabía que su castillo era un buen escondite.

Mondragó tiraba del mondramóvil cargado de libros mientras sus amigos sobrevolaban el camino por delante. Cale miró hacia atrás y a lo lejos vio una nube de humo negro que se elevaba hasta el cielo. Se preguntó si el fuego se habría extendido hasta el castillo de Wickenburg. Al fin y al cabo, el pasadizo que encontró en las mazmorras comunicaba el castillo con las cuevas invernadero. ¿Estaría el curandero Curiel en peligro? ¿Y Murda y Wickenburg? ¿Se habrían extendido las llamas hasta la fortaleza del alcalde? A Cale no le caía bien Murda, era un chico cruel y malvado, pero no deseaba que le pasara nada malo.



Cuando por fin llegaron al castillo de Cale, los cuatro amigos metieron a sus dragones en las dragoneras y llenaron el bebedero de agua para que saciaran su sed. Sus fieles animales estaban agotados después de la gran carrera. Cale desató el mondramóvil y le dio unas palmaditas a Mondragó en el lomo. Estaba orgulloso de él. Era cierto que su dragón había sido el responsable del incendio, pero gracias a ese pequeño accidente les había salvado la vida una vez más. El dragón se tumbó en el suelo y dejó que su dueño le rascara la tripa. Cale se rio.

—Ahora quédate aquí con Flecha, Chico y Bruma, y pórtate bien —ordenó Cale. Aunque no le gustaba alejarse de Mondragó, esperaba que con los otros dragones no corriera ningún peligro.

Arco y Cale empujaron el mondramóvil cargado de libros hasta la puerta del castillo.

—Cale, podrías dejarme algo de ropa —dijo Casi. Este había salido muy temprano por

la mañana al recibir la paloma mensajera de su amigo y desde entonces no había vuelto a su castillo. ¡Llevaba todo el día en pijama!

—Sí, claro —comentó Cale. Fue a su habitación y volvió con unos pantalones y una camisa. Casi se los puso. Como todavía no había dado el estirón, le iban muy largos.

—¡Bueno, es mejor que ir en pijama! —dijo remangándose el pantalón.

Los cuatro amigos empezaron a descargar los libros y a llevarlos a la biblioteca del padre de Cale. Allí había tantos que unos cuantos más pasarían desapercibidos. Fueron apilándolos en medio de la gran sala rodeada de estanterías de madera. A pesar de que cuando los descubrieron no paraban de hablar, ahora los libros parlantes no decían ni una palabra. Se mantenían completamente en silencio.

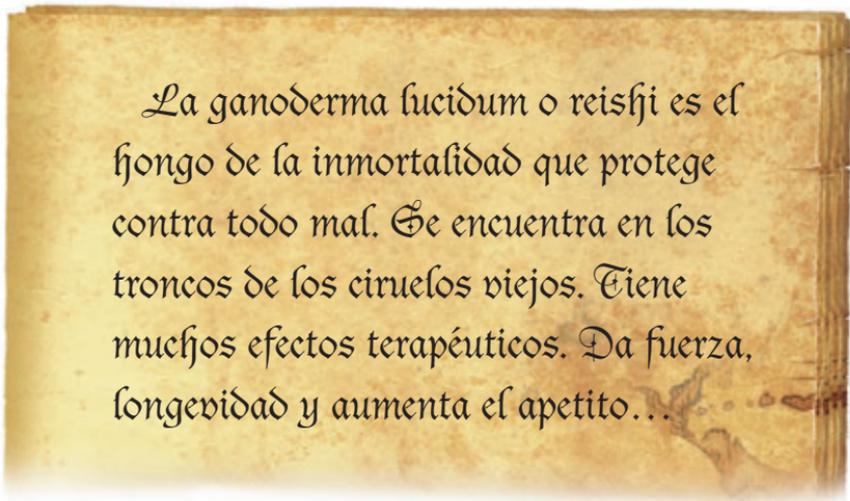




Cuando por fin consiguieron llevarlos todos, Cale, Casi, Mayo y Arco se sentaron en el suelo de la biblioteca a observarlos. Había libros gruesos y finos, de tapas rojas, verdes, azules y amarillas. Algunos eran muy viejos y tenían las páginas amarillentas y otros, sin embargo, parecía que acababan de imprimirlos. Todos tenían títulos parecidos: *Los secretos de las setas*, *Los secretos del tiempo*, *El lenguaje secreto de los animales*, *Pasadizos secretos...*

—¿Os habéis fijado? —preguntó Cale—. Todos los libros hablan de secretos.

Cale cogió un libro de tapas verdes muy grueso con el dibujo de una seta roja en la portada. Lo abrió y en sus hojas amarillentas descubrió unas imágenes de hongos extraños que nunca había visto antes. El libro tembló en sus manos, carraspeó y empezó a hablar...



La *ganoderma lucidum* o reishi es el hongo de la inmortalidad que protege contra todo mal. Se encuentra en los troncos de los ciruelos viejos. Tiene muchos efectos terapéuticos. Da fuerza, longevidad y aumenta el apetito...

—Oye, esa seta suena muy bien, podríamos ir a buscar *reishis* en lugar de semillas —dijo Arco.

—¡ARCO! —exclamaron Cale, Casi y Mayo al unísono.

—Vale, vale, tranquilos —protestó Arco—. Era solo una idea...

Mayo hojeó otro libro. Hablaba de cómo se comunicaban los animales entre sí y trucos para entender su lenguaje. El que abrió Casi trataba de los fenómenos meteorológicos y cómo cambiar el tiempo.

—La información que hay en estos libros es muy valiosa —dijo Mayo.

A Cale le dio un escalofrío al oír las palabras de su amiga. Mayo tenía razón. Los libros contenían muchos secretos que podrían dar mucho poder y permitir que una persona cambiara y dominara la naturaleza.

—¿De dónde habrán salido? —se preguntó Cale en voz alta.

—¿Por qué no le preguntas a Rídel? —sugirió Casi.

—¡Buena idea!

Cale cogió el viejo libro. Las letras de la

portada brillaban con fuerza y sintió el latido rítmico en sus manos. Lo abrió y en medio de la página apareció una imagen escalofriante: el brazo de un hombre con una túnica que talaba un árbol con el tronco muy blanco y unas muescas marrones. El tronco parecía retorcerse de dolor. Cale reconoció al hombre inmediatamente. Era el verdugo, el mismo que habían visto en las cuevas invernadero con su dragón diabólico. La imagen se desvaneció y un segundo más tarde, apareció otra del mismo hombre, de espaldas, leyendo un libro de tapas blancas con muescas marrones.



Rídel se aclaró la garganta y con una voz triste dijo:

**Del árbol, la madera.**

**De la madera, el papel.**

**Del papel, los libros  
que acabáis de leer.**

Cale cerró el libro. No podía seguir viendo algo tan horrible. Los cuatro amigos se quedaron en silencio. El mensaje de Rídel era espeluznante. Ahora todo empezaba a tener sentido.

—El verdugo está convirtiendo los árboles parlantes en libros parlantes —dijo Cale.

—Y así consigue todos los secretos de los árboles —añadió Mayo preocupada.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Arco.

—Lo primero es esconder todos estos libros para que nadie pueda verlos —dijo Cale—. Después tenemos que ir a buscar la



quinta semilla. ¡Debemos salvar el Bosque de la Niebla! Debemos encontrar las dos que nos faltan antes del plenilunio y ya solo quedan dos días.

—A lo mejor Rídel nos da una pista de dónde puede estar —sugirió Casi.

Cale volvió a abrir a Rídel. La imagen del verdugo había desaparecido y ahora, en el centro de la página, vieron el dibujo de un tronco agrietado lleno de nudos retorcidos. Rídel habló una vez más.

**En el árbol de la vida  
la semilla está escondida.  
En los nudos de su tronco  
hay garras y corazones,  
nudos con forma de ranas  
o cabezas de dragones.**

Cale observó con atención la imagen. Uno de los nudos tenía forma de cabeza de dragón, mientras que otro parecía la garra de un oso. Le recordó a las veces que se tumbaba en la hierba y se dedicaba a intentar imaginar formas en las nubes.

—¡Sé exactamente dónde está ese árbol!  
—exclamó Casi emocionado—. En el Parque del Tule. De pequeño mis padres me llevaban allí a jugar.

—¡Pues vamos! —dijo Arco deseando ponerse en camino. A Arco no le gustaba mucho leer y la idea de quedarse en el castillo toda la tarde entre libros le parecía aburridísima. Él quería más aventuras.

—Antes debemos esconder los libros —dijo Cale.

Se levantó y se subió a una de las escaleras de madera para llegar al estante más alto. Separó algunos de los libros y comprobó que había suficiente espacio por detrás para meter los libros parlantes.

—Pasadme los libros —dijo—. Los pondremos aquí.

Casi, Mayo y Arco hicieron una cadena para ir guardando los libros. Cuando apenas quedaban unos pocos, Casi miró por la ventana y, de pronto, vio la silueta de tres dragones que se acercaban por el cielo a toda velocidad.

—¡Viene alguien! —exclamó Casi—. ¡Rápido!



Los chicos aceleraron la marcha y consiguieron esconder todos los libros. Cale bajó corriendo por la escalera y comprobó que estaban bien tapados. En ese momento recordó algo.

—¡Oh, no! —exclamó Cale—. ¡La semilla del Arbopán! ¡Tengo que guardarla con las otras! Casi, ¿todavía la tienes?

Casi rebuscó en uno de sus canastos y se la dio.

—¡Ya casi están aquí! —gritó Arco mirando por la ventana—. ¡Date mucha prisa!

Cale se subió una vez más a la escalera para llegar al libro hueco donde había escondido las otras semillas. Lo abrió y la metió con las demás. Después dio un gran salto desde la escalera y cayó en el suelo.

—¡Están a punto de aterrizar! —exclamó Mayo.

